

SERMON

DE SAN GREGORIO MAGNO.*

(DE SÁNCHEZ SOBRINO.)

Hic magnus vocabitur.

Este será llamado grande.

S. Mateo, c. 5. v. 19.

Señores :

¿A quién no parecerá atrevimiento inexcusable que un jóven sin elocuencia ni instruccion, ose hablar ante un areópago de sabios, y á presencia de tantos Dionisios, de la santidad y sabiduría de uno de los mas grandes pontífices que han ocupado la silla de san Pedro? Hablo de san Gregorio el Magno, este varon incomparable, este monje austero y penitente, este doctor y firme columna de la iglesia de Dios, cuyas virtudes, sabiduría y acciones heróicas son un piélago insondable. Conozco, señores, que para delinear la imágen y formar la estatua de este grande Alejandro, eran necesarios los colores y pinceles de Apéles, y los cinceles de Lisipo. Conozco que para elogiar á este nuevo Basilio era necesario un Nazianzeno, y que solo la elocuencia de un san Ambrosio seria capaz de celebrar dignamente las acciones heróicas de este nuevo Teodosio.

Pero vosotros, que me habeis impelido, sabreis con humanidad disimular mis defectos; y Dios, que ha prometido virtud, eficacia y energía á los que evangelizan su doctrina, se dignará purificar mis labios como los de Isaías, para que no profane su

(*) Predicado en la universidad de Osuna, siendo el autor catedrático de filosofía.

divino testamento. Confiado pues únicamente en su auxilio, ensayaré el elogio de este su siervo fiel y prudente, á quien constituyó sobre su familia en la tierra, para que la proveyese del alimento necesario en tiempo. Á este fin le colocó sobre el candelero de su Iglesia, para que iluminase á todos los de su santa casa : le colocó, repito, como una antorcha resplandeciente y ardiente : *lucerna lucens et ardens*; ardiente por el fuego de su caridad, luciente por el resplandor de sus virtudes y doctrina. Hé aquí el plan de su elogio y su verdadero carácter. Una breve ojeada sobre su vida ejemplar y laboriosa basta para acreditar que fué un nuevo taumaturgo, ó trismegisto, es decir, tres veces grande : gran santo, gran pontífice, gran sabio. *Magnus vocabitur*: tres breves reflexiones que dividen la materia, objeto de vuestra atencion y de mis débiles conatos. Ayudadme todos á pedir las luces del Espíritu santo por la poderosa intercesion de su augusta esposa, *Ave Maria*.

Quando el Todopoderoso ha querido de tiempo en tiempo enviar al mundo algunos de estos célebres héroes que sirvan de antorcha á los mortales, que con sus luces disipen los errores y acrediten con sus obras la sana moral de su Evangelio, les ha preparado de antemano por sendas á veces desconocidas y opuestas al parecer á sus inefables designios, para confusion de los sabios y prudentes segun la carne. Ambrosio y Agustino, entre otros muchos, nos presentan un ilustre testimonio de esta verdad. ¿Quién diria que el maravilloso ingenio de Ambrosio, aquella elocuencia y arte con que se manejaba en el foro, era destinada por Dios para que con sus oraciones ilustrara á todo el occidente en las sendas de la virtud? ¿Quién al oírle hablar en el senado diria que su voz estaba por el Señor destinada para hacerla resonar delante de los altares, con admiracion del mundo y edificacion de la iglesia? ¿Quién diria que el talento gigante de Agustino, y aquella su admirable dialéctica, mas sutil y capciosa á veces que la de Carneades, Cleantes y Crisipo, empleada de ordinario en combatir las verdades de la religion, serviria con el tiempo á la ruina del maniqueismo y de los pelagianos, y á la mas vigorosa defensa del catolicismo? Sucede esto á veces, porque Dios con su infinita sabiduría permite que hagan los primeros ensayos en el siglo los que destina á que

despues manifiesten admirables progresos en el orbe espiritual.

Bajo este plan parece ordenó Dios la vida de san Gregorio el Magno. Destinábale el Señor para que fuese una resplandeciente antorcha, cuya luz se extendiera á los confines del mundo, y que en lo sucesivo sirviera de ejemplar á los grandes, á los potentados y á los sumos pontífices. Aunque hijo de padres senadores y poderosos, quiso el Señor manifestar á los nobles, ricos y potestades sublimes, que podian abandonarse con fruto los palacios suntuosos, para ir á sepultarse en las pobres mansiones de un monasterio, y que podian desecharse los vestidos de oro y plata, para vestirse con mas honor de una túnica tosca y despreciable; que podia despreciarse la multitud de criados y sirvientes, para ir á ejercer los oficios mas viles de una comunidad religiosa; que no era en fin degradar la dignidad de senador la renuncia de las pompas y vanidades del mundo.

Desde su primera edad dió muestras nada equívocas de que le destinaba Dios para cosas grandes. Su carácter afable, su admirable ingenio, su pronta y tenaz memoria, su entendimiento profundo y viveza incomparable, todo pronosticaba estar elegido por Dios para sus altos fines. Nadie en efecto puede gloriarse de haber hecho en muchos años los grandes progresos que Gregorio en corto tiempo. ¡Qué velocidad! ¡qué rapidez en la inteligencia de la Escritura santa, en los concilios y espíritu de la religion! Pero no es esto lo mas, sino que á la viveza y ardor de la juventud, unía la prudencia y madurez de un anciano.

Estas bellas calidades movieron á los cónsules y senadores á elevarle á pretor de Roma. En este honroso empleo no tuvo otro objeto que la justicia, otra mira que el desinterés, ni otro respeto que el bien público. Por manera que podia decirse con verdad, que era una víctima pronta á sacrificarse á cada instante por la felicidad de la república. Haz, ó Gregorio! haz tus primeros ensayos en la Roma civil, para hacer despues los mayores progresos en la Roma espiritual. Imita ahora á los Camilos, Escipiones y Fabricios, para imitar despues á los Pedros, Clementes, y aun al mismo Jesucristo.

No fueron la justicia y la vigilancia las únicas virtudes que admiraban todos en Gregorio. Era singular su liberalidad y misericordia. En sus manos hallaban los pobres el alivio de sus necesidades y asilo de sus miserias; pues á imitacion de otro Job, era ojo para el ciego, lengua para el mudo, piés para el

cojo y hospicio para el peregrino. En esta época fundó á sus expensas seis monasterios en Sicilia, y aun al palacio que habitaba en Roma dió el mismo destino, labrando como el fénix el nido en que debian reposar sus cenizas. Qué adorable es, ¡ó mi Dios! tu providencia. Gregorio empieza á mirar con tedio todas las cosas del mundo. Conoce que para llegar al cúmulo de la perfeccion es mas á propósito obedecer que mandar. Animado de este pensamiento, desnudándose de las pompas, grandezas y gloria mundana, de la dignidad senatoria, del empleo de pretor, y renunciando de todo lo que no era virtud, entra Gregorio en el monasterio á ser modelo y ejemplar de los monjes.

Aquí, señores, desearia yo tener la energía del gran Demóstenes, de Ciceron, y la elocuencia del Nazianzeno, para exponer las heroicas acciones y virtudes de Gregorio el Magno; su humildad, digo, su modestia, su obediencia, su castidad, su austeridad y espíritu de penitencia. Baste decir que sus vigiliass igualaron á las de Paulo, primer eremita, sus oraciones á las del grande Antonio, sus penitencias á las de san Hilarion, y que fué tan abstinentes como san Simon Estilita, tan humilde como el gran Basilio y tan obediente como el mismo san Plácido. La conducta en fin de Gregorio presentaba á primera vista la perfeccion de los mas santos monjes de oriente y occidente. Sus iguales le veneraban como ejemplar, los ancianos admiraban su virtud, y el abad se avergonzaba de mandarles como superior.

Su mérito sólido, y no la intriga ni la cabala le elevó bien presto al empleo honorífico de abad del monasterio. Aquí manifestó su gran talento, su prudencia y discrecion para el gobierno; pero sin omitir el ejercicio de sus vigiliass, ayunos y disciplinas. De aquí le provino aquella aguda y peligrosa enfermedad de estómago, que le ponía á los umbrales de la muerte, y que le impedía ayunar ni aun el viernes santo. Su director le impedía que fuese tan abstinentes, mandándole sobreeser á tantas penitencias, porque llegó á sospechar que Dios no habia criado á Gregorio para sí solo, sino para bien de su iglesia. Bien presto se verificó esta sospecha. Pelagio II muere; y al punto el senado, el clero y el pueblo romano le eligen de acuerdo por obispo de Roma y sumo pontífice. En vano resiste Gregorio; en vano se sale de esta capital del mundo cristiano, escondido entre los sacos de unos mercaderes, para huir de tan alta

dignidad, sepultándose entre los montes y las grutas, á la manera que un facineroso huye de la pena capital. El Todopoderoso, que no habia producido esta antorcha luminosa para que estuviese escondida, sino para iluminar á todos los de su santa casa, dispuso que le halláran bien presto los ciudadanos de Roma, que con increíble ansiedad le buscaban.

Hé aquí, señores, á Gregorio conducido á la capital por fuerza, y adornado con la investidura pontifical, á manera de un reo que recibe el saco para el suplicio. ¡O pension comun de las almas grandes! Por mas que despreciéis los cargos y desechéis las honras y dignidades, ellas os buscarán. Las mitras os sacarán de lo mas escondido de los monasterios. Si os meteis bajo los montes, allá penetrarán las dignidades, los báculos, las tiaras. Así por mas que Gregorio se oculte, Dios que le ha hecho gran santo en el mundo, va á manifestarle gran pontífice sobre su iglesia: *magnus vocabitur.*

Ya en efecto habia dado Gregorio muestras nada equívocas de que era enviado por Dios como otro Moises para libertar á su pueblo escogido. Habia empezado en Roma la peste mas cruel y mas violenta que hasta allí se habia experimentado. En las calles y plazas de esta capital del mundo solo se veían montones de cuerpos muertos, espectáculo horroroso á la vista, y que hacia desmayar la imaginacion. Los ciudadanos aparecian lánguidos y exánimes, esperando á cada momento ser víctimas de tan terrible azote. Gregorio recurre á la oracion, y tomando el incensario, á imitacion de Aaron, se pone de medianero entre Dios y los hombres para libertar á su pueblo. Mandóles juntar en procesion, y despues de haber conmovido los ánimos de toda la multitud con un enérgico y elocuente discurso, que les arrancó lágrimas de corazon, contritos y humillados en la oracion, lograron desarmar la ira del Señor, y cesó enteramente el contagio.

Conocida por Gregorio la voluntad de Dios, se aplicó con suma solicitud á conducir el rebaño de la iglesia universal, que el supremo de los pastores le habia encomendado. ¿Qué celo igual al de un hombre que pasaba el dia en el trabajo y la noche sin reposo; que bastaba por sí solo á catequizar al rudo, á dirigir al perfecto, al alivio del pobre, al consuelo del enfermo? Hecho todo para todos, á imitacion de san Pablo, extiende al punto por todas partes el fuego que le devora del amor á Dios

y su grey. Por manera que puede decirse con verdad, que no solo toda la Europa y sus confines, sino el África y Asia sintieron los efectos de su sabio gobierno y de su celo, aun ántes de saber su elevacion al pontificado. ¿Qué reino, qué provincia del mundo hasta allí conocido podrá alegar no haber llegado á su país los rayos de la sabiduría de Gregorio? Sus reglamentos se extendieron con increíble velocidad del uno al otro polo.

Dígalo España, y dénos testimonio de la presteza extraordinaria con que llegaron los rayos del Vaticano á disipar las tinieblas con que los priscilianistas y arrianos pretendian envolver la Península. Dígalo el Africa, donde brevemente alcanzó la espada espiritual de Gregorio, que cortó la cabeza á la hidra de los donatistas, que á cada momento vomitaba nuevos insectos de iniquidad. Dígalo Dalmacia, donde apénas apareció el cisma, cuando el poderoso brazo de Gregorio apagó el incendio. Dígalo Constantinopla, donde con igual celo que Ambrosio al gran Teodosio reprendió al emperador Mauricio, que pretendia extender su cetro á lo eclesiástico. Dígalo en fin todo el mundo, á donde pasaban con frecuencia sus decretos pontificios, para instruccion y consuelo de todos los miembros de la iglesia católica. Los silbos de este pastor universal, traspasado el Nilo, se extendian por los inmensos arenales de Egipto, por los desiertos de la Etiopia, por los países de los abisinios, buscando los monjes y los eremitas que habitaban entre las fieras y en las entrañas de la tierra.

¿Y se limitaba su penetrante voz á estos confines? Nada ménos. Su eco retrocedía, y traspasando el Eúfrates, el Tigris, el Indo y el Ganges, resonaba con energía hasta las extremidades de la tierra, y aun sobre las aguas del Océano. El espíritu vigilante y solícito de Gregorio el Magno, á imitacion del alma que anima todos los miembros del cuerpo humano, daba vigor á la inmensa mole de la iglesia católica. Sus reglamentos se extendian á todas partes y sobre todas materias; y ni el dilatado espacio de mas de once siglos, ni los cismas ni mayores revoluciones han podido borrar su esplendor. El misal romano, la liturgia y las ceremonias eclesiásticas publicarán eternamente las sabias disposiciones de Gregorio el Magno. ¿Pero quién es capaz de reducir á sumario las grandes é ilustres acciones de este santo durante su pontificado? Mis ojos débiles se deslumbran con su resplendor.

Mas no son sus virtudes, sus penitencias, su vigilancia pastoral, su celo y cristiana política en el manejo de los negocios mas arduos y en las circunstancias mas difíciles que le acreditaron gran santo y gran pontífice, lo que debe causarnos mayor admiracion; sino que á pesar de tener siempre su alma adherida á Dios y ocupada en asuntos tan graves de la iglesia universal, cultivase las ciencias con el mayor suceso, haciendo en ellas tales progresos, que le acreditasen de gran sabio: *magnus vocabitur*.

Ya os dije al principio que desde su juventud adelantó mucho en las letras divinas y humanas. Así lo manifestó mientras estuvo en el siglo con el cargo de senador y de prefecto de Roma. Entónces dió muestras nada equívocas de su admirable talento para la política, filosofía y elocuencia, y Roma vió revivir en la persona de Gregorio las cenizas de los Catones, Cicerones y Hortensios, olvidadas por mas de seis siglos. Mas luego que dejó el mundo y sus vanidades, entregado á la virtud dentro del monasterio, aplicó su talento á las ciencias sagradas, é hizo en las santas Escrituras los mayores progresos, sin que los ayunos, vigiliias, disciplinas y oraciones, le impidiesen su continuo y tenaz estudio. No tardó mucho, ya por sus virtudes, ya por su sabiduría en ser admirado de los monjes, pareciéndoles haber bajado del cielo un nuevo Moises, un otro Salomon, un nuevo Paulo, y que habian en él resucitado los Atanasios, los Crisóstomos, los Agustinos. Pero Gregorio mientras mas le ensalzaban, mas se humillaba, como verdadero discípulo de Jesucristo, que ha prometido ensalzar á los humildes.

Tanto resplandor de santidad y de sabiduría no podia estar oculto mucho tiempo. Bien presto se extendió su luz á Roma y á toda Italia. Esto movió al pontífice Pelagio II para enviarle por legado á Constantinopla. Aquí convenció al célebre Eutiquio su patriarca, obligándole á detestar sus errores. Allí (á instancias de san Leandro arzobispo de Sevilla) empezó á escribir los libros de los *Morales*, que han sido y serán siempre la admiracion de los siglos. Nada digo de su elevacion al pontificado. ¿Qué de cartas, qué de homilias, qué de oraciones no dió á luz pública para instruccion del universo? Por una puerta del Vaticano salian millares de bulas, órdenes y decretos, y por otra inmensos volúmenes, llenos de sabiduría celestial, para instruir á los ignorantes, convertir á los pecadores y confundir á los

herejes; y todo esto en medio del bullicio y tumulto de la corte romana. Vos ¡ó mi Dios! con admirable providencia pudisteis unir en Gregorio el Magno las perfecciones de los monjes mas austeros, de los mas vigilantes pontífices y de los mas sabios doctores: *magnus vocabitur*.

Mas toda esta ciencia, estos talentos; de qué hubieran servido á Gregorio si no hubiera poseído la ciencia de morir bien? Pero en todas sus acciones fué sabio este grande héroe de la religion, y en la hora de su muerte parece que se excedió á sí mismo. Ya habia muchos años que padecia una aguda enfermedad de estómago. Acometiéronle al fin gravísimos dolores, que toleraba con la paciencia de Job y conformidad de Tobías, gloríandose como el Apóstol en medio de sus tribulaciones, alabando al Señor de los ejércitos, y cantando salmos é himnos para darle gracias de que se dignaba purificarle en vida, como al oro en el crisol. Así caminaba inperturbable hácia el sepulcro, hasta que completado el número de sus dias, pudiendo decir con san Pablo: he trabajado mas que todos, y he consumado mi carrera; despues de haber dejado á la Iglesia en un estado felicísimo; despues de haber extirpado todos los errores con sus admirables escritos, y convertido á muchas almas con sus elocuentes oraciones; despues de haberse preparado con muchas lágrimas para aquella última hora, y de haber como otro Tobías dado consejos saludables á sus hijos espirituales, dejando sus corazones penetrados de dolor, espiró en el Señor, mudó de vida, desapareció de la vista del mundo para reinar en el cielo.

¡Silla de san Predro, qué pérdida acabas de hacer! Paréceme ver á la iglesia universal conmovirse de dolor, y á los templos vestirse de luto al publicarse la muerte de Gregorio. Paréceme oír en Roma y á las orillas del Tíber aquellas lúgubres voces que oyó el Jordan cuando murió el valiente Macabeo. ¿Cómo ha muerto este grande hombre que salvaba al pueblo de Israel? ¿Cómo ha faltado este admirable santo, este vigilante pontífice, este doctor excelente? ¿Cómo nos habeis privado ¡ó mi Dios! de esta firmísima columna de la iglesia, de este muro inexpugnable del alcázar de Sion?

¡Mas enjugad vuestras lágrimas, deponed vuestro luto, iglesia santa! vestíos de gozo y alegría, porque el alma de Gregorio, apénas quedó libre de las prisiones de este cuerpo mortal y cor-

ruptible, voló al empíreo á estar en la eterna felicidad y compañía de los ángeles, á quienes imitó en la pureza; de los serafines, á quienes siguió en el amor y caridad; de los patriarcas, á quienes imitó en la fe; de Moises, á quien tomó por modelo para conducir el pueblo de Dios; de los profetas y eremitas, á quienes imitó en las penitencias: allí está viendo á Dios en dulce compañía de los Atanasios, Nazianzenos, Ambrosios, Crisóstomos y Agustinos, que le sirvieron de modelo de imitación: allí en fin está rogando por todos los fieles cristianos, pidiendo al Señor que nos dé auxilios para alabar en vida y eternidad al Padre, y al Hijo, y al Espíritu santo por todos los siglos de los siglos. Amen.

SERMON

DE SAN IGNACIO DE LOYOLA.

(DE TRENTO.)

Gloria Domini plenum est opus ejus.

La obra del Señor está llena de su gloria.

Eclesiástico, c. 42. v. 16.

Si álguien por ventura desease saber ahora el verdadero nombre del santo cuya anual fiesta celebramos hoy, escúcheme y oiga. Llámase el hombre divino, el apoyo de la cátedra de Pedro, el restaurador de los males del cristianismo, el propagador del imperio cristiano, el Abrahan de la nueva ley, el Josué de la iglesia, la columna de la fe, el milagro de Dios, el nuevo Pablo, y si hemos de decirlo todo en una palabra, Ignacio, fundador de la Compañía de Jesus. ¿Qué decis, señores? Bien echo de ver que he ofendido desde luego los oídos de muchos de vosotros, que no parece reconocen en semejante modo de hablar aquella modestia que debe manifestar cada hijo, cuando habla de su padre; pero debéis advertir que explicándome de esta manera no he proferido ni una sola palabra, ni una sola sílaba que fuese mia ó de alguno de los hijos de Ignacio, sino de otros extraños. En efecto, así se explicó un gran santo que fué Felipe Neri, así un gran concilio que fué el Tarraconense, y así se explicaron dos grandes pontífices que fueron Pablo III y Gregorio XV. No obstante á fin de evitar á cualquiera costa la nota demasiado odiosa de importuno jactancioso, dejando aparte todo esto que pudiera decir en el empeño en que me hallo de celebrar á mi gran padre, y pasando asimismo en silencio las mas brillantes alabanzas que le dieron otros, me limito solamente á dos cosas, que son el sencillo elo-